

GUÍA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

*Con este título inauguró la Sección de Literatura del Ateneo, presidida por el ilustre poeta y cultísimo escritor D. Francisco A. de Icaza, una serie de conferencias consagradas á la descripción de ciudades españolas. La primera de estas conferencias, **Madrid**, escrita por el Sr. Pérez Galdós, fué magistralmente leída por D. Serafin Alvarez Quintero, en el salón de actos del Ateneo, el día 28 de Marzo de 1915.*

GUÍA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

MADRID

¡Oh Madrid! ¡Oh corte! ¡Oh confusión y regocijo de las Españas!... La conferencia que me encargasteis, señores y amigos, llega á vuestros oídos con retraso de seis á ocho lustros, porque el triste conferenciante que habéis elegido para esta solemnidad no puede hablaros de lo que ve, sino de lo que vió; y en él se da el caso singular de que la Voluntad y la Inteligencia, ambas rendidas al cansancio, se inhiben totalmente, traspasando sus funciones á la Memoria,

tanto más lozana cuanto más vieja, y siempre atisbadora y charlatana.

Si vosotros oís mi disertación en este suntuoso recinto, erigido para mayor esplendor de la corporación insigne, yo me tomo la licencia de hablaros desde el Ateneo viejo, que es mi Ateneo, mi cuna literaria, el ambiente fecundo donde germinaron y crecieron modestamente las pobres flores que sembró en mi alma la ambición juvenil.

Aquel caserón vetusto, situado en una calle mercantil, empinada, de ruin aspecto y tránsito penoso, permanece tan claro en mi mente como en los días venturosos en que fué altar de mis ensueños, descanso de mis tardes, alegría de mis noches y embeleso de todas mis horas.

El largo y ancho pasillo; la modesta biblioteca; el salón llamado Senado; las salas de lectura, irregulares y destartaladas; la cátedra dificultosa y entorpecida por pies derechos de madera forrados de papel; la Cacharrería y demás gabinetes interiores de tertulia no se pueden olvidar por el que vivió largos años en aquel recinto, aparejado con derribo de tabiques y adherencia de feísimos pegotes, sin más luces que las de la calle y patios lóbregos.

Si en la memoria vive el local, ¿qué decir de los hombres que en un período de veinte ó más años allí moraron espiritualmente, allí disertaron, desde allí dieron luz, fuerza y calor á la sociedad española, encaminándola al estado de cultura en que hoy se encuentra?

Todos los grandes cerebros españoles del siglo XIX han pasado por aquella madriguera. De oradores, no digamos; recuerdo haber visto á D. Antonio Alcalá Galiano arrimado á las revistas extranjeras en el salón de lectura; en días posteriores vi á Ríos Rosas, Olózaga, á Cánovas...

La mágica elocuencia de Castelar tronaba en la cátedra; Moreno Nieto, Echegaray, Moret, Camús, Giner de los Ríos, Figuerola—que ocupó la presidencia durante el período revolucionario—, vuestro esclarecido presidente actual D. Rafael María de Labra, hacían del Ateneo una Universidad libre, norma y guía de la edad presente.

No quiero hablar de los asiduos lectores, porque no acabaría; citaré tan sólo á D. Justo Peláyo Cuesta, agarrado al *Times* todas las noches; al general de Artillería D. Pedro Lallave; al geólogo Vilanova; á Huelin, á Tubino, á D. Ca-

lixto Bernal; á los pintores Häes, Rosales, Casado del Alisal y Dióscoro Puebla; ni citaré tampoco á los que allí brillaban como tertuliantes de pasmosa erudición y gracia exquisita, como el P. Sánchez, el anciano Sr. Gallardo, D. Félix Márquez, Fernando Fulgosio, Menéndez Rayón, el profesor Sr. Llorente, que daban al Ateneo un tono de amenidad familiar y discreta, que creo no haya tenido semejante en ningún otro Centro científico. Y no cito á nadie más; mi memoria es muy fecunda, pero no quiero cansar á mis oyentes; sólo diré que en aquel antro, que así debo llamarlo, nació la Buena Nueva, y allí tuvo su laboriosa gestación, hasta dar al mundo hispano el fruto bendito de la democracia, del laicismo, de la tolerancia mínima, anuncio cierto de mayores conquistas para tiempos próximos. De allí salió también la energía que pudo erigir el palacio espléndido en que ahora moráis, señores ateneistas. No existiría la magnificencia de este Ateneo, decorado con todas las galas y primores del arte suntuario, si no hubiera existido antes aquel tugurio en cuya obscuridad y pobreza laboraron con sublime apostolado los varones preclaros que os trajeron la Buena Nueva. Vosotros me oís en la grandiosa basílica del

saber moderno. Yo os hablo desde las Catacumbas, que eso es el viejo Ateneo, las sacrosantas Catacumbas.

* * *

Como es mi propósito encerrar, dentro de la brevedad de esta conferencia, una total pintura del Madrid mío, inmediato precursor del vuestro, he comenzado por una somera y rápida conmemoración del Ateneo del pasado, y espero decir mis últimas palabras en el Ateneo del porvenir.

Huésped constante del parador literario de la calle de la Montera, mi insignificante persona carecía de representación en la docta Casa; al-

gunas amistades hice allí; á las grandes figuras de aquel tiempo yo no me atrevía ni á dirigirles la palabra.

Difícilmente podría yo contar las innumerables personas que ya no veré más en este mundo. El último de los fenecidos es el patriarca de la Pedagogía: San Francisco Giner... A los pocos que aún quedan por acá les profeso un afecto entrañable.

Mis horas matutinas las pasaba en la Universidad, á la que íbamos los estudiantes de aquella época con capa en invierno y chistera en todo tiempo. Asistía yo con intercadencia á las cátedras de la Facultad de Derecho y con perseverancia á las de Filosofía y Letras, en las cuales brillaban por su gallarda elocuencia y profundo saber profesores como D. Fernando de Castro, D. Francisco de Paula Canalejas, el divino Castelar, el austero Bardón y el amenísimo y encantador Camús.

Pero sin faltar absolutamente á mis deberes escolares, hacia yo frecuentes novillos, movido de un recóndito afán, que llamaré higiene ó meteorización del espíritu. Ello es que no podía resistir la tentación de lanzarme á las calles en busca de una cátedra y enseñanza más am-

plias que las universitarias; las aulas de la vida urbana, el estudio y reconocimiento visual de las calles, callejuelas, angosturas, costanillas, plazuelas y rincones de esta urbe madrileña, que á mi parecer contenían copiosa materia filosófica, jurídica, canónica, económico-política y, sobre todo, literaria. Como para preparar el entendimiento á estas tareas, con un rogocijo musical, empezaba mis andanzas callejeras asistiendo con gravedad ceremoniosa al relevo de la guardia de Palacio, donde se me iba el tiempo embelesado con el militar estruendo de las charangas, tambores y clarines, el rodar de la artillería, el desfile de las tropas á pie y á caballo, y el gentío no exclusivamente popular que presenciaba tan bello espectáculo, entre cuyo bullicio descollaban las graves campanadas del reloj de Palacio. En algunos momentos se me antojaba que veía pasar una ráfaga confusa y vibrante de la historia de España.

Dejando atrás el bello espectáculo del relevo de la guardia, me gustaba correr hacia el Sacramento y penetrar en el interior de la iglesia. Me entretenía viendo altares, las rejas del coro y algunas cosas grotescas que nos ha legado el prosaico siglo XVIII; en cada una de las cua-

tro pechinas de los arcos que sostienen la cúpula hay un santo monumental, pintado al fresco. Son San Bernardo, San Benito y dos santas, Umbelina y Escolástica, hermanas, respectivamente, de los dos fundadores. Debajo de cada figura hay una cuarteta, en caracteres enormes, que fácilmente se leen desde la cancela.

La que está debajo de San Bernardo dice así:

«Lácteos virgíneos candores
gustó Bernardo. ¡Oh portentol
Ya no es extraño lo dulce,
pues tan meliflúo fué el premio.»

Esta y las demás endechas deben ser obra de alguna monjita Bernarda, que se dedicó á versificar con candor angelical en la decadencia de la Mística y de la Poesía.

Del Sacramento solía precipitarme por la angosta calle donde vivió el maestro López de Hoyos, que enseñó Humanidades á Miguel de Cervantes. Llego á la calle de Segovia, que compete en ancianidad venerable con la Cuesta de la Vega. Sin fijar fecha, yo he visto armar sobre la sobajada calle la pasadera de hierro que ha sido el trampolín de los suicidas.

Subo hacia Puerta Cerrada, y por la calle del Nuncio doy un vistazo á la parroquia de San Pedro y al Madrid de San Isidro. La calle del Almendro tuvo siempre para mí un encanto y un misterio indefinibles: la he conocido sin salida por la calle de Toledo. Ya estamos en San Andrés. ¡Oh venerable antigüedad! La capilla del obispo, con sus hermosos tapices, el palacio de los Lasos de Castilla, vivienda de Isabel la Católica, donde estuvo el balcón en que Cisneros dió á los grandes la respuesta famosa, mirando á la artillería situada allí y sin pedir perdón por el modo de señalar.

* * *

Entro en el laberíntico barrio de Alamillos, subo por la Redondilla, dejo á un lado la calle de los Mancebos, paso á la de Don Pedro, y por Puerta de Moros llego á la bullanguera, á la tumultuosa y vertiginosa plaza de la Cebada, que en su extremo oriental parte por gala en dos la calle de Toledo, arteria pletórica de vida, de sangre, de gracia, de alegría y, ¿por qué no decirlo?, de belleza, pues pienso yo que no hay calle en el mundo más bonita ni más pintoresca que esta de Toledo; calle sin igual por la gracia de los colorines que tremolan en ella de punta á punta, por los tenderetes donde se vende de

cuanto Dios crió, por la algarabía de los pregoneros y la cháchara del gentío parlero. Además, es calle histórica: por ella pasaron hacia el suplicio el mártir Riego, el caballeroso y arrogante general León, el polizonte Chico, ajusticiado por el pueblo en la Fuentecilla. En ella hirvió la cólera popular en el terrible día de la degollina de los frailes. Por ella entraron con grandiosa pompa cortesana las princesas que vinieron á casarse con nuestros reyes. Por ella corrió mil veces la oleada de los motines, y el empedrado se estremeció mil veces con las cargas que dieron á la policía las cigarreras demandadas, las verduleras furibundas; cargas no diremos con arma blanca, sino con las uñas y las lenguas, que ponían en grave conflicto á los agentes de la autoridad. Toda la calle es roja, no precisamente por el matadero ni por la sangre revolucionaria, sino por la pintura exterior de las ochenta y ocho tabernas (las he contado) que existen desde la Plaza de la Cebada hasta la Puerta de Toledo.

Es además esta hermosa vía el centro comercial más importante del Madrid antiguo y moderno. Se ha dicho, y vosotros lo habréis oído mil veces, que en Madrid no hay dinero más que

en la calle de Toledo y sus aledaños; el dinero que existe en los demás barrios de esta presumida capital se reduce á un solo billete de mil pesetas, que pasa rápidamente de mano en mano y cambia de dueño en cada minuto. En la calle de Toledo y las inmediatas, las dos Cavas, Colegiata, Concepción Jerónima y otras, descargan diariamente miles de carros y rinden sus cuentas miles de trajineros, de ordinarios, que de toda España traen sin fin de provisiones en cestones, sacos y pellejos con que abastecen á la Villa del Oso y del Madroño. Entiendo que el Oso es el Madrid que vive desde la Plaza Mayor por arriba, y el Madroño lo que llamamos barrios bajos. En éstos, el que os habla, fugitivo de la Universidad, ha hecho un año y otro, con buenas notas, cursos de Literatura Práctica y aun de Psicología Experimental, entablando íntimo trato con personas ó figuras imaginarias, ora en la calle del Almendro, ora en la Cava de San Miguel, ya en el café del Gallo y la inmediata Escalerilla, ya en las calles del Amparo, en la Cava Baja, del Mediodía Grande, Humilladero, Irlandeses, Calatrava y otras muchas.

Los cursos de Derecho Mercantil Comparado los he hecho en la Plaza de la Cebada, café de

Naranjeros, y los gané pisando tronchos de berza y cáscaras de fruta. Descansaba yo de este trabajo contemplando la gótica portada de la Latina, lindísimo monumento que, andando los años, me ha sido destruido por aleve mano municipal, y no sé dónde han ido á parar aquellas piedras venerables.

Mis pasos automáticos de estudiante, tan aplicado como inquieto, me llevan al Rastro. ¡Oh, el Rastro! Academia de los libres estudios que comprenden el conocimiento del despojo social, del último giro de la vida evolucionando hacia la muerte; bazar con toques y vislumbres de basurero empujado por las escobas y recogido por manos miserables y allegadoras, que seleccionan, limpian, ordenan y clasifican los abandonados desechos para imprimirles nueva utilidad y vida nueva. ¡Oh, qué estudio tan provechoso, y cuánto goza el espíritu descubriendo en el examen y el ir y venir de tales trebejos el principio de que si nada muere en la naturaleza, nada muere tampoco en la industria! Cuando veáis que algo acaba, decid que algo comienza.

Mis estudios del Rastro no hubieran sido completos sin añadir á la teoría la práctica. No una vez, sino muchas, visité, revolvi y escudriñé el